

AMIGOS DE ALBERTO Y LA POESIA

Presentación de Segundo Cancino

Tacna, 3 de Marzo 2006

Pocas veces tengo la oportunidad de hablar en público de la poesía de mis amigos. Esta es una de ellas. Permítaseme esa licencia. Permítanme acercarme en calidad de cómplice a uno de los mejores “oficios” de Alberto Paucar. Al que desde muy temprano, y creo para siempre, asumió como compromiso; oficio de trovador en su doble sentido de componedor de versos y creador; y, por extensión, me refiero a su compromiso con la poesía.; entendida como una suerte de mirada a sus paisajes interiores, poblado de desarraigos y extrañamientos, de lejanías y ausencias, de un ensombrecido y soledoso tiempo, pero actual que dialoga a menudo con desespero.

Un primer asunto sobre el que me gustaría llamar la atención en *Oficios de Trovador* es la noción de lugar que recorre el libro. El lugar – Tarata, Tacna, Lima o “Lejos del reino” – léase Inglaterra, su equivocada Ítaca, cuyos lagos reconoce ajenos y donde se reconoce, “brisco y sin cepa”, donde dice “amar” y “parece será amado,” – es el punto de origen y centro desde donde trasiega gota a gota su angustia. El lugar, en singular, constituye el universo poético de este libro.

Entonces, la idea de retorno a lo nativo, el esfuerzo por rememorar o reconstruir el lugar perdido, la intención de construir una visión idílica, sentimental en el que “*Tenue gorrión extiende su pena/en las anaranjadas ramas del crepúsculo*” y “*el rocío avanza lento y tierno/la cigarra, segura y resuelta/atasca la memoria*”; o una imagen prosaica, afeada por la barbarie del tráfigo, la confusión, el anonimato y el balbuceo de palabras que se entrecruzan sin responderse: “*un hombre orina la simiente de un árbol/en la Avenida Abancay y mira al desconocido/las palabras/los espejos saliendo de sus manos,/ un poco de muerte oscureciendo los linderos*” (*regreso al reino*, p.19)..., crean en la poesía de Alberto, “tullido, hosco zorro sin casta”, así se autocalifica, una tensión, un sentimiento del lugar que la proyectan sobre los condicionamientos del diario vivir que son indispensables para una visión de lo humano y para entender su dialogo entristecido con la vida.

Habla, lo podemos oír, con nostalgia de lo cercano que exige necesariamente formulas lingüísticas teñidas de un intenso color local, color adherido a la naturaleza, a sus apus, con la que tejó la verdad de sus sueños y de sus vivencias, con el que pudo poner un pie en sí mismo y el otro en el lugar y los seres con los que apetece integrarse, apetencia que lo lacera y lo hace padecer ante los asedios y la temida cercanía del olvido.

Veamos:

En Tarata, en duros campos
que solo la alhucema revoca
duros violines ensayan primeras arias del dolor
El Mocara vigila y barniza el pecho del olvidado,
trizadas quenazas registran el oteo del búho,
la vana nota que hiela el corazón.

(Afrenta, p.16)

Al leer estos versos y otros es difícil no pensar en Vallejo. Podemos reconocer tonalidades y temas análogos a los Heraldos negros; la voz de su lugar próximo o lejano pero súbitamente vivo, el tema de la ausencia, el léxico cotidiano (ladera, acequia, bofedal, maizal, majuelo, retama, gorrión, vicuñas, vizcacha, Mocara...), diminutivos (diosito, venadita), supresión de partículas, particularmente en el poema Afrenta, las preocupadas preguntas sobre la suerte de quien dio calor a la infancia para teñirse años después de saudade en el recuerdo: *¿Dónde estarás ahora niña de los alisos de mi infancia?/ ¿Qué olas espuman tus manos y tu cintura de agua? ¿Quién celebra ahora la seda de tu canto? ¿Qué gorriones se entibian matutinos en tu pelo?*, pregunta Alberto. Interrogantes que rememoran a las de César: Que estará haciendo esta hora, mi andina y dulce Rita/ de junco y capulí; así comienza su *idilio muerto*.

Importa señalar que su vivencia con el “corto decir”, como Dante la define a la poesía en el canto xxxiii de El Paraíso, permite a nuestro buen amigo Alberto, aprendiz de Eneas, por lo que significa el exilio y el viaje en busca del lugar donde guarecerse de los rigores del día a día, donde dejar su simiente y ofrecer los “rastros de canciones que saquearon la pena,/ la guitarra que oprime al admitir la partida...”, hallar una vía de acceso para conversar con la soledad que la Fortuna le ha impuesto; una vía para “auscultar el infierno”, para hacernos sentir, para sobrecogernos con su angustia o con su conciencia de hombre estremecido por Filotes:

Registro y celebro
la seda,
los duraznos de tu piel;
torpe aún,
cato
la miel de tu vientre,
la esperada escarcha...
(Contigo y la humedad)

o asombrado por el fuego, no de aquel que se aviva en las vísperas de la fiesta del Santo Patrón; sino aquel otro, el que brota en una plácida chimenea victoriana, pero que lo traslada al “primer fulgor de su infancia” o al “duro desierto de Tacna”

Dije soledad. Es otro de los asuntos que me gustaría comentar. ¿Existe la soledad cuando se puede recordar? ¿Cuándo guardamos en la memoria la presencia de todo aquello que se ha vivido? Al respecto Bryce, afirma que no en *Entre la soledad y el amor*.

Claro. Es difícil ser una tabula rasa. Si no es tal nuestra condición, podemos memorar y ser memorados.

Entonces, ¿qué es lo que siente Alberto? ¿Soledad o nostalgia? Nostalgia. que nace de su búsqueda de lo perdido, de verse ausente del lugar donde entrevió la dicha. Es su dolorosa experiencia de esta ausencia donde anida su sentimiento de nostalgia, su pena, la melancolía que acompaña a sus recuerdos sin que la pueda dejar en la puna ni enterrar en el “majuelo”:

El rumor violeta y las flores de tu voz
acarician el único hilo de mi vida,
ahora que recuerdo
el misterio de verte por primera vez,
en esta bella noche de mis penas,
cuando resisto los golpes del tiempo,
y acepto mi derrota gota a gota.
(Gota a gota)

Pero también su nostalgia es el reclamo de una lengua que se resiste obstinada a ser olvidada, pero que se reconoce cuando es evocada inútil para escarmenar “la sucia soledad”; y torpe ante “la minuciosa derrota que se mastica/y se escupe terca sobre la página en blanco.”

Quisiera añadir algo más. Es imposible pensar en *Oficios de trovador* sin advertir el sentido de los versos que encabezan las dos secciones y algunos de los poemas. Los versos de Borges, Rilke, Xavier Abril, Jorge Najjar, Eliot, y de dos huaynos, uno peruano y otro sudamericano, no hacen sino llamar a reflexión sobre una poética de la nostalgia. Esto es: *Oficios de trovador* es un discurso a la nostalgia, mejor aún: un discurso de la nostalgia. Es el testimonio de quien se sabe “tullido” del lugar y lucha como Odiseo en una mar cambiante contra el olvido del lugar, lucha contra la caducidad del amor, contra su mismo olvido. Por ello opta por cargar el dolor, el dolor por el lugar al que solo se puede retornar rememorándolo con ternura o con vinagre, el dolor por la amada que hace falta pero que al recrearla cae en la cuenta que ella no ha desaparecido, que es su otra parte que alguien ha desgajado, pero que endulza su desamparo.

Conviene señalar asimismo el evidente contacto de Alberto con los predios de la música, otro de los oficios del que se reclama heredero de ese viejo oficio de los trovadores. Porque quiere ser escuchado y no leído solamente, con sus resonancias configura su timbre personal, ensaya el canto de su tristeza, sobrevive “en la voz que sobrevive al swing/bloqueando aleteo de jazz en la tarde”. De allí el empleo del lenguaje que trata de explorar un léxico que le permita descargar sus emociones, desovillar sus deseos, husmear los “balaustres de la pena”, “compilar el llanto de los pájaros”, husmear “entre el berro de las quebradas” observar “la retama/ que amarillea la tarde

del leve encuentro”, oír “la música que fosforea/ que espejea en los ojos del niño...”, que “ilumina la memoria del seco paisaje”.

Sé que lo dicho hasta aquí solo roza el libro. Es una gota. No es suficiente para apagar la sed que provoca su lectura. Pero no cabe duda que ha permitido este reencuentro fecundo. Gracias, ahora que recuerdo, por la aventura de “Mojinete”; por los vinos y los jugos de mamey; por los gorriones que entibiaban las tardes de San Borja; por aquel tiempo tuyo que hizo tolerable el mío; por la Estación de Barranco, envuelta en poesía y canto; por el Mocara que “vigila y barniza el pecho del olvidado” con sus conocidos arpegios acomodando “su canción/ entre las ultimas palomas/ que habitan en los andamios...” de esta noche.

Tacna, 3 de Marzo 2006